



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Los grandes problemas actuales de la humanidad

Autor: Despotopoulos, Konstantinos J.

Forma sugerida de citar: Despotopoulos, K. J. (1995). Los grandes problemas actuales de la humanidad. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 149-154.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin Derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LOS GRANDES PROBLEMAS ACTUALES DE LA HUMANIDAD

Por *Konstantinos J. DESPOTOPOULOS*  
ACADEMIA DE ATENAS, GRECIA

SIENDO EL TEMA A TRATAR en el curso de este encuentro internacional "Los hombres de cultura ante las fuerzas de disgregación y de globalización de la sociedad actual", he pensado que sería conveniente exponer en mi intervención lo que como hombre de cultura considero lo más importante ante la situación actual de la humanidad.

He aquí, pues, las conclusiones de mi reflexión sobre algunos problemas cruciales de la sociedad de nuestra época, las cuales, creo, bien podrían contribuir a una apreciación adecuada del valor, negativo o positivo, de las "fuerzas de disgregación y de globalización en la sociedad actual".

Hasta nuestra época, la política, tanto en el plano doctrinario como en el de la acción, prácticamente ha descuidado, por desgracia, los grandes problemas de la vida de los seres humanos, los que conciernen a la relación entre la cultura y la Naturaleza, y sobre todo de la receptividad de ésta para la actividad científica y técnica de los hombres; ha estado casi exclusivamente preocupada por cuestiones relativas a las funciones interhumanas de la sociedad, en el marco del "problema social" y del "problema político" en sentido estrecho.

Es por fin tiempo que los asuntos humanos sean administrados por el verdadero político, y que el objeto de la teoría y de la acción políticas esté por fin compuesto de una síntesis, bien estructurada, de los problemas tradicionales interhumanos por una parte, y por otra parte por problemas que conciernan a las incidencias sobre la existencia humana de las relaciones operacionales entre cultura y Naturaleza, del mismo modo por el problema de la superpoblación del globo, de una extrema gravedad hoy día.

La humanidad es generalmente considerada como dividida en varios Estados o sociedades políticas; pero en nuestros días ya no

hay solamente sociedades políticas; existe también una sociedad política casi planetaria, o por lo menos una sociedad semejante tiende a formarse.

Por lo tanto, si la inherencia de la humanidad a una sociedad política planetaria está por conformarse, gracias también al derecho internacional, la misma está lejos de estar plena y sólidamente establecida. Múltiples trabas intervienen para impedir la asociación efectiva de la humanidad en o hacia tal sociedad política; conciernen a formaciones y situaciones, heredadas del pasado, así como a ideologías y "movimientos" modernos.

En efecto, las enormes diferencias de mentalidad, de comportamiento y de "nivel de vida" entre los pueblos del globo, y especialmente la oposición pasional de los pueblos o de las capas sociales que viven en la pobreza, si no en la miseria, a los pueblos o capas sociales que viven en la riqueza y opulencia, del mismo modo que el apego entrañable de la mayoría de la gente y de los países ricos a las condiciones privilegiadas de su existencia, no pueden más que nutrir e intensificar las ideologías y los movimientos de hostilidad, o de desconfianza por lo menos, entre los diversos grupos humanos, lo cual no es ciertamente propicio para el logro de la unificación política de la humanidad.

Además, la conciencia de pertenencia de la casi totalidad de los individuos humanos a su nación o etnia, y los sentimientos, prejuicios o resentimientos que de ello resultan, no están, tampoco ellos, para facilitar esta unificación.

Sin embargo, en nuestros días más que nunca se impone, por necesidades inexorables, la instauración de un poder político planetario, es decir de un poder político encargado de una misión y de una responsabilidad frente a toda la humanidad y dotado de una autoridad extendida sobre todos los pueblos y sobre todos los países del globo. Solamente un factor tal sería capaz de hacer frente a los problemas, inimaginables antes, que surgen ante la humanidad actual y afectan su existencia de manera decisiva.

En efecto, la humanidad actual se encuentra sobrecargada, aunque desigualmente en sus diversas partes, de fuerzas culturales, sobre todo científicas y técnicas, capaces de provocar sobre la Naturaleza transformaciones funestas, incluso destrucciones irreparables, y hacer sufrir a las conciencias humanas elaboraciones inhumanas e incluso alteraciones monstruosas. En el dominio de ciertas ciencias, se procede a experiencias de investigación pura, empleando fuerzas titánicas de la Naturaleza, lo que implica un peligro luciférico.

Además, la Naturaleza comienza a presentar señales inquietantes de agotamiento, en tanto que fuente, antes "inagotable", de materias primas y de fuerzas energéticas al servicio de la humanidad. Y sin embargo, el crecimiento de la población del globo continúa a ritmos galopantes y, por otra parte, una parte de la humanidad practica, bajo el lema del crecimiento económico, un derroche inaudito de los recursos naturales del planeta, sin preocuparse por sus otras partes y sobre todo por las generaciones venideras.

Es que hasta ahora la acción de la humanidad en el dominio de la cultura y sobre los elementos de la Naturaleza, acción ésta de una importancia capital para la existencia del género humano, ha sido proyectada por gente que, pese a la glorificación frecuente de su papel de pioneros, no estaba la mayoría de las veces a la altura de las responsabilidades ligadas a sus iniciativas; no había pensado seriamente en la vocación humana de la cultura ni en las relaciones funcionales entre cultura y Naturaleza, y no había pensado, tampoco, en las consecuencias ulteriores o indirectas de su empresa, extremadamente benéfica a primera vista, ni sobre todo en los límites de la tolerancia de la Naturaleza.

Y ahora, apenas estamos a tiempo para tomar medidas draconianas, fundamentalmente contrarias al optimismo de antes, para intentar prevenir las catástrofes inminentes sobre toda la superficie del planeta. De ahí la necesidad urgente de un poder político, preocupado por el bienestar de todos los pueblos, responsable ante toda la humanidad y que disponga de una autoridad planetaria.

La sociedad política actual se halla así en una situación perpleja: además de la necesidad de darse dimensiones adecuadas, está obligada, por la fuerza de las cosas, a enfrentar problemas nuevos de una enorme gravedad, del mismo modo que problemas antiguos siempre importantes, que exigen por su gravedad, unos y otros, soluciones urgentes, y tanto complementarias como incompatibles. Debe, pues, ante todo proceder a una toma de conciencia, tan profunda como sea posible, concerniente a su misión global: hacer la síntesis práctica de todos estos problemas, y especialmente establecer su jerarquía y su serie de prioridad, y al mismo tiempo desembarazarse de variadas ideologías, impregnadas de fanatismo y de intolerancia, superar su estrechez de miras, sus semiverdades y sus unilateralidades. Es necesario ver claro sin prejuicio alguno en las condiciones de existencia de la humanidad de hoy y de mañana, a fin de llegar a discernir lo que se requiere para el servicio del ser humano en tanto que valor absoluto y también para el estado actual de

la cultura y de su dominio de la Naturaleza. Y, en el cuadro de esta toma de conciencia, se impone en particular una gran tarea de elucidación ideológica dirigida a los ciudadanos de todos los Estados del globo: contra las doctrinas falaces y las ilusiones perniciosas, que dominan el pensamiento y los sentimientos de muchos de ellos, y, por este hecho, desorientan y paralizan la acción unitaria de la humanidad frente a los problemas decisivos para su existencia.

El verdadero político, pues, debe, entre otras cosas, liquidar la tara ideológica de la humanidad actual, a fin de llevar a todas las gentes del planeta a pensar y a sentir en función de un destino integralmente humano y finalmente común en el mundo de hoy y de mañana, como miembros pues, plenamente solidarios, de una gran familia, cuyo hábitat es el planeta y que comprende incluso las generaciones venideras.

Es solamente en una atmósfera moral semejante que el verdadero político podrá proponer y realizar las decisiones necesarias frente a los problemas graves sin precedente que en nuestros días ponen en entredicho la sobrevivencia misma de la humanidad. Pero se sobreentiende que la instauración de esta atmósfera moral de solidaridad casi familiar entre todas las gentes del globo sigue siendo y será imposible, mientras la estructura de la sociedad global la contrarie manifiestamente desmintiendo todos los días su realidad. Solamente como consecuencia de una solución planetaria del "problema social" y de una solución adecuada del "problema político", orientadas hacia la expansión de la libertad de cada ser humano y asegurando su mayor respeto posible, la verdadera política, instalada así en la conducción de los asuntos de la humanidad, será por fin capaz de hacer aplicar sobre todo el globo decisiones saludables que conciernan a los más graves imperativos actuales de la humanidad: control del crecimiento de la población de todos los países, promoción responsable de la cultura y de su uso moral, protección de la Naturaleza y salvaguarda de sus recursos, defensa de la humanidad contra el desencadenamiento de fuerzas titánicas de la Naturaleza como consecuencia de iniciativas insensatas en el dominio de la ciencia, aquella parte por excelencia ambivalente de la cultura.

¿Cómo, pues, no deplorar la situación política y moral de la humanidad actual?

Además de las rivalidades políticas y las intransigencias ideológicas, injustificadas y erróneas en su desmesura si no en su base, es la realidad socioeconómica la que traba especialmente la marcha de

la humanidad hacia su fraternización y su prosperidad. Del lado de los países ricos, un rasgo característico de su modo de vida y de su "civilización" es lo que se llama "sociedad del consumo" y que es más bien una sociedad de sobreproducción llevada a cabo por una suerte de estafa; en efecto, la relación natural entre producción y consumo resulta en gran parte revertida, ya que ésta está sujeta a aquélla para procurar cada vez más ganancias y, por otra parte, resulta muy inflada como consecuencia de la invención y difusión de falsas necesidades.

Se adorna ingenua o hipócritamente esta sociedad, moralmente malsana, que por otra parte supone un derroche criminal de los recursos de la naturaleza, llamándola "sociedad de la abundancia". No se tiene vergüenza en exaltar la "abundancia" adquirida en ciertos países, mientras que el hambre azota a otros. Pero además no se tiene conciencia —falta más de voluntad de aceptar que de capacidad de aprehender la verdad global— que esta "abundancia" adquirida se revela a largo plazo una grave ilusión; en efecto, es compensada por un desplazamiento de la "rareza" hacia aquellos elementos del globo, los más preciosos para la vida, que antaño eran tan abundantes que se los calificaba de "libres" en oposición a los "bienes" llamados económicos porque raros: en esto consiste el sentido principal de la contaminación del aire y del agua.

¿Cuál es pues el destino actual de la humanidad? Tememos que se encuentre en un círculo vicioso.

Para enfrentar los grandes problemas urgentes, que conciernen a las relaciones operacionales de su cultura gigantesca con la Naturaleza en agotamiento pero siempre titánica, y que condicionan su vida e incluso su supervivencia, la humanidad de hoy debe ante todo integrarse políticamente, superando su parcelamiento heredado del pasado. Pero la creación de una sociedad política mundial presupone la solución del problema social a escala mundial. Y una tal solución del problema social aparece a su vez como casi imposible, mientras existan Estados independientes con sus rivalidades y sus sospechas mutuas, con sus fuerzas armadas en perfeccionamiento constante y sus enormes gastos militares.

Por el resto, incluso si la desconfianza recíproca entre los Estados se atenúa y se esboza un cierto desarme en un clima de "coexistencia pacífica", no deja de ser cierto que —pese a los efectos benéficos indudables de una evolución semejante de la situación internacional— la existencia de varios Estados, que, con sus rivalidades ineludibles, seguirá bloqueando la solución constructiva e

impecable del problema político y del problema social y especialmente de los graves nuevos problemas extremadamente urgentes. Es la competencia inexorable en el dominio económico entre los Estados independientes, cuando su coexistencia pacífica está asegurada, lo que provoca el maltrato sin escrúpulo de la Naturaleza y el derroche criminal de sus recursos, y que por fin alienta y financia iniciativas insensatas de "investigación científica" pese a su peligro congénito de alcance planetario.

Es cierto que desde el comienzo y muy a menudo, si no siempre, la existencia histórica de la humanidad da la impresión de encontrarse en un círculo vicioso, roto al fin sin embargo por sus fuerzas saludables y creadoras, ipero al precio de cuáles penas y de cuáles sacrificios!

Lo que es único en la situación actual de la humanidad es que lo que está en juego en la tarea de romper el círculo vicioso no es ya la salvación de miles de seres humanos de la miseria, de la servidumbre y aun de la muerte, sino por primera vez es la salvaguarda de la existencia de la humanidad. Es que nunca los peligros inminentes habían sido tan monstruosos. Así, las catástrofes sufridas por la humanidad en el pasado no eran de tamaño tal como para no permitir la sobrevivencia de su mayor parte, y entonces la continuación, aunque fuera extremadamente penosa, de la maravillosa aventura del mundo que es la existencia humana. Pero en nuestros días, los peligros inminentes tienen un carácter global y por lo tanto una fatalidad definitiva. La humanidad ¿alcanzará a salir de este círculo vicioso tiempo antes que sea demasiado tarde? Esto depende en gran medida de la perspicacia moral y de la generosidad humana de quienes dirigen, en esta época más que trágica, la suerte política de los pueblos del globo.

*Traducción de Hernán G. H. Taboada*